

Héroes, mitos y victorias

Sobre Luis Alberto de Cuenca

El primer libro de Luis Alberto de Cuenca, (Madrid, 1951) aparece en 1970, el año de la publicación de la antología castelletiana *Nueve Novísimos*. Como en el caso de Villena o Colinas —y estableciendo entre los tres sus evidentes diferencias de voz (o, en aquella época, de construcción de una voz personal)—, Cuenca pertenece a esa generación novísima cuya tutela en la sombra fue el maestrazgo de Pere Gimferrer. Es decir, la poesía primera de Cuenca configura, junto con la de Villena, una embajada en Madrid de la trama novísima tejida en Barcelona y nunca un epígono de la misma, como epígonos sí serían otros muchos poetas más jóvenes en edad, que fueron sumándose a esa estética que provocaron el nacimiento de un apelativo desdeñoso: *venecianismo*. Término que vino a significar un cóctel espeso y dulzón compuesto de blandura, decadentismo fácil, deslumbramiento adolescente ante la belleza y, sobre todo, una enorme dificultad a la hora de aplicar criterios diferenciales. Pero como la literatura es aún más implacable que la historia, la legión veneciana quedó atrapada entre los líquenes de la Laguna y el maderamen podrido de unas góndolas que jamás surcaron las aguas del Adriático. Sin embargo, la palabra *culturalismo* quedó ya impresa para siempre en la terminología analítica de la poesía es-

pañola contemporánea y Cuenca sería con *Los retratos, Elsinore, Scholia* y *Museo* —una antología de textos ajenos en la que se recrean ciertas raíces del poeta y que guarda algún parentesco con el libro que aquí hemos de tratar— uno de sus más fieles representantes.

Paralelamente, Cuenca no cejaba en la edificación de un mundo no versificado donde clasificar sus fantasmas culturalistas explicando al lector y a sí mismo —toda escritura es construcción del mundo pero también explicación del mismo— que su poesía no procedía simplemente de un afán estetizante, sino que se entroncaba con una visión clasicista de la propia vida. De su *Floresta española de varia caballería* a su versión del *Lancelot* de Chrétien de Troyes, de los poemas de Guillermo de Aquitania, de los *Lais* de María de Francia, o sus incursiones en los territorios griego y latino, Cuenca iba decantando sus mitologías particulares e incrustándolas en el mito de la cultura de Occidente y su interpretación. Asimismo, su poesía —descargada de la atmósfera bizantina de los primeros libros— se alzaba como una de las voces más personales de los últimos años con *La caja de plata* (Premio de la Crítica de 1985) sin abandonar ninguno de sus referentes culturalistas: solamente su lastre formal, el abigarramiento. Tanto en ese libro como en el siguiente —*El otro sueño*— encontramos los trazos de *Elsinore* o *Scholia*, sometidos ahora al maduro rito de la purificación, de la estilización, y añadiéndoles el ritmo de la métrica y un lenguaje de corte castizo —tierno, humorístico y achulapado a la vez—, urbano y cosmopolita, que convierten su poesía en uno de los hallazgos más lúcidos de continuismo y superación de la generación novísima. Una poesía de lo sentimental, lo onírico, lo macabro, lo clasicista, lo mítico y lo coloquial en la que la ironía y el ritmo vertebran universos muy dispares entre sí, dándoles un sentido de totalidad y una voz singular que ha abierto nuevos pasos fronterizos tanto entre algunos de los componentes de la —no sé si bien o mal— llamada *escuela andaluza*, como en alguno de sus viejos compañeros de generación.

Pero volvamos atrás. Hablemos de ese otro mundo paralelo y confluyente al mismo tiempo con su poesía, que es también Luis Alberto de Cuenca y cuyas primeras piedras fueron sus traducciones y ensayos caballerescos. Antes hemos mencionado su visión clasicista de la propia vida. De esa visión y en otros campos nos han dado mues-

tras escritores como Borges —con cuya poesía también entronca Cuenca—, Mario Praz —habría que citar sus estudios sobre neoclasicismo y estilo Imperio, o sobre las relaciones entre arte y literatura—, o Nabokov y sus trabajos sobre literatura cuyo pretexto académico es eso: sólo un pretexto para hablarnos de sí mismo, de la literatura y de la vida. En ese orden de cosas podemos situar el libro *El héroe y sus máscaras* (Mondadori, 1991). Como también, por cuestiones de género, entre títulos recientes de otros escritores españoles: *Los raros*, de Gimferrer; *Pasiones pasadas*, de Javier Marías; *El viajero más lento*, de Vila Matas; *Mundinovi y Literatura, amigo Thompson*, de Sánchez-Ostiz; *Clásicos de traje gris*, de Trapiello y *Bazar de ingenios*, de Benítez, por citar sólo algunos ejemplos. Todos esos libros —como *El héroe y sus máscaras*— son libros escritos a trasmano, sin intención de constituirse en libro, pero que poco a poco van tomando cuerpo y nos hablan más del mundo literario del escritor —o por lo menos en la misma proporción— que sus obras poéticas o de ficción. Bajo la apariencia de libros de misceláneas, indagando aquí y allá, perfilan un mundo inconfundible y tan creativo —aunque su origen pueda haber sido la recreación— como la creación misma.

En *El héroe y sus máscaras*, Luis Alberto de Cuenca toma al protagonista de la acción heroica y su confrontación con la muerte como sujeto de una poética del bien, alejándose así de la concepción decimonónica del héroe maldito —entregado a la muerte—, o de la más cercana a nuestros tiempos del antihéroe o el fracaso como heroicidad. Para ello Cuenca efectúa sus calas en la epopeya de Gilgamesh, Homero, la tragedia griega, Roma, la mitología germana —que abarca lo escandinavo—, Bizancio, el mundo artúrico y otros hasta llegar a reinterpretaciones contemporáneas del mito en las páginas de Wilde o Dürrenmatt, o su semblanza de uno de los maestros de Jünger, el poeta Stefan George.

¿Cuáles son las constantes de este libro? Elegiré tres de sus frases: «Allá en el fondo de cada artículo, alcanzo

a ver una voluminosa cabeza, unas gafas y un niño leyendo tebeos», es la primera y pertenece al prólogo. La segunda dice: «Una simple espada en defensa de un territorio». «La mitología del héroe y el vértigo estético de la maravilla conforman en la materia artúrica un modelo literario para la eternidad», es la tercera. En estas tres frases se encierran, a mi modo de ver, el sentido y los logros de *El héroe y sus máscaras*. En su origen, la fascinación y el placer que se obtiene en el aprendizaje de la sabiduría a través de la erudición. En su trama, el carácter hipnótico de la brillantez épica y de la aventura del viaje. Y en su destino, la mirada sobre los mitos de Occidente, una mirada que alcanza lo contemporáneo por medio de una revisión del pasado como modernidad y también como quien acota las lindes del humanismo de ese otro viejo mito llamado Europa. Para ello Luis Alberto de Cuenca reconstruye minuciosamente la piraería antigua, desprecia las intrigas de los eunucos de Bizancio, se enamora de Teodora y de su Constantino-pla, apologiza la figura de Stefan George, se sumerge en la aventura homérica, llora en Tannenberg, combate junto a Lancelot y se deslumbra ante el «genial Atila». *El héroe y sus máscaras* es, pues, un tratado de las pasiones de L.A. de Cuenca en el que su autor despliega sus conocimientos históricos, filológicos y literarios con la misma pasión que aquel niño que devoraba tebeos, pero también con el método del poeta que expone el transcurso de los mundos ocultos de su poesía porque cree que toda poesía, además de revelación y vida, es conocimiento. En 1991 aparecía la *Poesía* de L.A. de Cuenca (Renacimiento) y poco después lo hacía *El héroe y sus máscaras*. Una y otro son inseparables e iluminan el rostro de su complementario desde *el vértigo estético* de la maravilla —con aspiración de eternidad— como lo hace una espada en defensa de un territorio.

José Carlos Llop